

No es cosa de seguir, partiendo de estos orígenes relativamente cercanos, la evolución del mito de la mujer divinizada, que tiene sus paralelos en la poesía persa y en otras del Oriente Medio, pero ¿cómo no referirse al verdadero Renacimiento poético, al que Dante llamó dolce stil novo y en el que una influencia, al parecer no desnaturalizada, de las antiguas ideas esotéricas transmitidas por los sabios musulmanes y adoptada por los heterodoxos europeos, desembocó -ya superado aquel dulce estilo- en la inigualable figura de Beatriz? El que podemos llamar, imitando al Alighieri, padre de aquella escuela, el boloñés Guido Guinizelli, sin llegar a deificar a su amada, piensa que, cuando Dios le reproche el haberle tributado unas alabanzas sólo dignas de El y de la "reina del reino digno", podrá responderle: Tenía un rostro de ángel / que de tu reino fuese, / no pequé cuando puse amor en ella", lo que hace de esta desconocida mujer una auténtica predecesora de la sabia Beatriz, pues ¿no son los ángeles, a los que ella se parece, los contempladores y depositarios de la sabiduría divina? De ahí a convertir a la mujer amada en una Norea no había sino un paso, o mejor dicho dos, y ambos fueron dados, sin otro tropiezo que el intermedio y también alegórico de Il Fiore, por el desterrado florentino. El primero fue considerar a la Beatriz de la Vida Nueva como un milagro, el segundo, convertirla, en los tercetos de la Comedia, en maestra y guía sobrenatural de su ascensión hacia la visión beatífica. Así pues, el camino que conduce a la sublimación de la mujer amada hasta convertirla en ángel o en diosa -lo que, prejuicios aparte, viene a ser lo mismo- quedaba abierto; pero han sido pocos, de entre los muchos exaltadores de la mujer, quienes se han atrevido a seguirlo. Uno de ellos ha sido Valentín Arteaga, quien dice a su recordado amor juvenil: "Tú misma no existes, te has divinizado". Pero, en realidad, es él quien la ha divinizado en sus versos.



III



uperar al realismo no significa ignorar o menospreciar a la realidad cotidiana, sino tenerla muy en cuenta para ofrecer de ella una lectura reveladora. En Las barcas de la memoria se funden la objetividad de la realidad recordada y su idealización poética. Quiero decir que Arteaga no se limita a cantar a una amada convertida ya en diosa por el secreto poder metamorfoseador de su conciencia artística, sino, antes al contrario, entrelaza constantemente los hilos de una realidad distintamente recordada con los de la visión sublimada de un lejano acontecer, y el efecto, tan original como sorprendente, de este entrelazamiento es el que produciría una trama de lino en la que la imagen de la mujer revivida por el recuerdo hubiese sido recamada por sutiles hebras de oro.